

33.º domingo ordinario B

Dice el Señor:

*Tengo designios de paz y no de aflicción,
me invocaréis y yo os escucharé. (Jr 29,11.12)*



Primera lectura

Daniel 12,1-3

En el tiempo aquel se levantará Miguel, el arcángel que se ocupa de tu pueblo. Serán tiempos difíciles, como no los ha habido desde que hubo naciones hasta ahora. Entonces se salvará tu pueblo: todos los inscritos en el libro. Muchos de los que duermen en el polvo despertarán: unos para vida perpetua, otros para ignominia perpetua. Los sabios brillarán como el fulgor del firmamento, y los que enseñaron a muchos la justicia, como las estrellas, por toda la eternidad.

Segunda lectura

Hebreos 10,11-14.18

Hermanos y hermanas: Cualquier otro sacerdote ejerce su ministerio diariamente ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, porque de ningún modo pueden borrar los pecados.

Pero Cristo ofreció por los pecados, para siempre jamás, un solo sacrificio; está sentado a la derecha de Dios y espera el tiempo que falta hasta que sus enemigos sean puestos como estrado de sus pies. Con una sola ofrenda ha perfeccionado para siempre a los que van siendo consagrados. Donde hay perdón, no hay ofrenda por los pecados.

Evangelio

Marcos 13,24-32

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: – En aquellos días, después de una gran tribulación, el sol se hará tinieblas, la luna no dará su resplandor, las estrellas caerán del cielo, los ejércitos celestes temblarán. Entonces verán venir al Hijo del hombre sobre las nubes con gran poder y majestad; enviará a los ángeles para reunir a sus elegidos de los cuatro vientos, del extremo de la tierra al extremo del cielo.

Aprended lo que os enseña la higuera: cuando las ramas se ponen tiernas y brotan las yemas, sabéis que la primavera está cerca; pues cuando veáis vosotros suceder esto, sabed que él está cerca, a la puerta. Os aseguro que no pasará esta generación antes que todo se cumpla. El cielo y la tierra pasarán, mis palabras no pasarán. El día y la hora nadie lo sabe, no los ángeles del cielo ni el Hijo, sólo el Padre.

Meditación

Casi todo este pesaje ha sido constituido a base de textos apocalípticos del AT. Allí hay una referencia evidente a la parousía, o sea al retorno de Jesús al fin de los tiempos. El hecho de que el discurso se dirija a los impacientes que pensaban en un fin inminente de la historia, no significa que Jesús renuncia a una espera que constituye el centro de la fe judía y cristiana: la venida del reino de Dios más allá de la historia humana. Por otra parte, el texto es bastante genérico al determinar la fecha de la parousía; "en aquellos días" es una frase común en los profetas cuando hablan de un acontecimiento divino no fechable.

El evangelista invita a los cristianos a defenderse de las múltiples tentaciones de la apocalíptica. En los ímpetus pasionales y en los cálculos interesados que inevitablemente la apocalíptica inspira, él ve la fuente de las peores enfermedades de la iglesia, o sea, la inseguridad en la proclamación del evangelio y el apego a lugares que se pretenden santos.

Para demostrar esta tesis el discurso se plantea a base de cuadros sucesivos; éstos no son necesariamente la descripción, sino que son más bien una respuesta a diversas ideas apocalípticas que podían fácilmente ocultar el futuro a los ojos de los fieles.

Dios nos promete un cielo nuevo y una tierra nueva. Todo será restaurado desde la raíz. El viejo mundo del pecado, con el hombre pecador, desaparecerá. Esta es nuestra esperanza. Pero no se fija sólo en el futuro. Lo que esperamos, desde que Cristo ha resucitado, está presente entre nosotros, como en primicias. Son la semilla o los talentos que Dios ha depositado en nosotros para que los hagamos crecer.

La venida definitiva del Hijo del hombre es espada de doble filo. Su presencia se convierte en exigencia de cuentas y disecciona a los que "despierta del polvo: unos para vida eterna, otros para muerte perpetua". Cada cual queda juzgado según sus propias obras. La espera de esa venida infunde tensión y esperanza en la vida del cristiano.

La Sagrada Escritura, con la que está concorde la experiencia de los siglos, enseña a la humana familia que el progreso humano, que es un gran bien del hombre, lleva consigo una grave tentación, pues, una vez turbada la jerarquía de valores y mezclado el bien con el mal, los individuos y las colectividades consideran sólo sus propios intereses y no los ajenos. Con eso, el mundo deja de ser el espacio de una auténtica fraternidad, mientras el creciente poder del hombre amenaza, por otro lado, con destruir al mismo género humano.

Toda la actividad del hombre, que por la soberbia y el desordenado amor propio se ve cada día en peligro, debe purificarse y encaminarse a la perfección por la cruz y la resurrección de Cristo.

(De la "Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo de hoy", del concilio Vaticano II.)